

## Construir futuro

Jorge Alemán\*

Permítanme ustedes, por una cuestión tal vez generacional, darles un testimonio sobre una serie de interrogantes que el título de estas jornadas, «construyendo futuro», me sugiere. En la década del setenta, en la que muchos nos involucramos con la política, la palabra «futuro» estaba determinada por una idea de emancipación y de progreso que iba a ser realizada históricamente. Es decir, el futuro era el futuro que la emancipación prometía; era la concreción que la utopía revolucionaria formulaba; era un futuro que nosotros podíamos anticipar, que podíamos imaginar. Los jóvenes se reunían para cambiar el rumbo de las cosas. Ese rumbo tenía un vector, una línea, un objetivo bien definido. El futuro, vamos a decirlo así, era representable; estaba representado por la lógica de la emancipación. Había un vector claro, un hilo rojo, que era el hilo del progreso, una de las figuras modernas determinantes a la hora de concebir el futuro. Ese progreso—y creo que es importante subrayar esto—se imaginaba, en aquel entonces, como un progreso que encadenaba distintos ámbitos. De un modo causal o dialéctico el progreso iba a ser social, político, familiar, jurídico... es decir, un progreso simultáneo, en todas las áreas, hasta lograr realizar el futuro en el proceso logrado de emancipación. A ustedes esto puede parecerles lejanísimo, pero yo fui—se lo aseguro—contemporáneo de estas ideas, creí verdaderamente en ellas, y sé que hay muchos que pensaron que valía la pena dar la vida por ellas, precisamente porque ese futuro, como tal, se iba a realizar.

Hay, por supuesto, una serie de transformaciones en el mundo que tienen que ver con las innovaciones tecnológicas, con todo el reordenamiento del planeta que ha impuesto el campo de la técnica, con lo que podemos llamar la globalización, o con la lógica cultural del capitalismo

---

\* Jorge Alemán es consejero de cultura de la embajada de Argentina en España. Discurso pronunciado el 27 de octubre de 2006, en el edificio central de Correos de Buenos Aires, con ocasión de la I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos.

tardío, que ha provocado un eclipse de este relato de progreso. Ahora ya nadie imagina que el progreso se cabalgue de tal manera que reúna a todos los ámbitos. Se pueden clonar seres vivos pero es, en cambio, muy difícil transformar un prejuicio racial; se pueden obtener grandes transformaciones en el campo de la técnica pero, en cambio, hay serios obstáculos para transformar una mentalidad cultural. Uno está tentado de decir: «queridos jóvenes, estén advertidos, el espíritu nunca es joven, tiene la edad de los prejuicios».

Este progreso del que hablaba se ha astillado. Estamos en un tiempo—si me lo permiten ustedes—posprogresista. Precisamente, el desafío que para mí suscita la expresión «construyendo futuro» es: ¿cómo se construye el futuro cuando el progreso no está garantizado; cuando el progreso simultáneo, en todos los ámbitos, no está articulado?, ¿qué es el futuro cuando se nos revela—tal y como nosotros mismos estamos hechos—como contingente, azaroso e imprevisible?

El futuro se ha vuelto, para empezar, más cercano que nunca. Es siempre algo que se nos viene encima; es algo que está a punto de demorar nuestro presente. Al mismo tiempo, este carácter inminente del futuro está premiado, vamos a decir, de azar, de contingencia, de imprevisibilidad.

Se dice que es muy importante la recuperación del pasado, pero hay que hacer saber que el hecho de la precariedad laboral que el mundo actual empieza a conocer de forma contundente—trabajos en los que hay que olvidarse de inmediato del pasado; que no duran más de dos meses; que promueven la destrucción del sentido de la experiencia—nos lleva incluso a destruir la posibilidad de construir una biografía verosímil de la vida de una persona. El mercado laboral no se presta a construir el relato histórico de uno mismo, más bien nos arroja a una multiplicidad de posibilidades, de contingencias y de azares, en donde hay que hacer un gran esfuerzo para, efectivamente, construir un relato que nos siga manteniendo dentro de un proyecto. Éste me parece que es el desafío de la política: vincular emancipación con democracia. Es un desafío de Latinoamérica, porque sin asumir una herencia, sin asumir un legado, no puede haber proyecto de futuro. Hemos tenido mala suerte porque las democracias han comenzado, en América latina, a la par que se introducían, con mayor crueldad y fuerza, los regímenes

neoliberales que habrían de destruir todo el tejido social. Es un desafío del pensamiento latinoamericano intentar vincular la emancipación con la democracia. De esa vinculación tiene que venir la idea de que hay que aceptar un futuro del que nos tenemos que hacer responsables; un futuro imprevisible; un futuro que no está asegurado por ninguna utopía totalizadora.

Pero, sin embargo, veo a Latinoamérica—por su capacidad de apropiarse de tradiciones europeas y leerlas con cierta libertad—en las mejores condiciones para asumir este desafío de pensar qué es la emancipación en la época de la globalización y cómo vincularla con las estructuras democráticas. Ese desafío exige, por supuesto, interpretar con la mayor libertad lo que ha sido nuestro pasado de lucha; tratar de que, efectivamente, ese pasado nos siga hablando y tratar de que, además, en la apertura a nuestro futuro, no nos dejemos llevar, una vez más, por retóricas que lo único que querían era protegerse del carácter contingente y siempre imprevisible del futuro. Gracias.